

LA ESCUELA Y EL MAESTRO EN ESPAÑA

D. Adolfo Izquierdo Elena (1895-1975)

Maestro de Educación Primaria
Septiembre 1966 y 68

Dedicatoria

A todos los maestros españoles del pasado, del presente y del futuro, con el deseo de que lo que fue en el pasado y es en el presente, no sea en el porvenir.

1. PROEMIO

Este mal hilvanado folleto, no es una rebeldía, ni un lamento: es un consejo.

No es una rebeldía porque ella, la rebeldía, no es un fruto que se dé en todos los terrenos.

Hay predios cuya tierra está adaptada para ciertas y determinadas especies. Estas especies en ella enraízan, clavan en la piloriza, se afianzan, absorben, suben en tronco, se abren como un abanico en ramas y de ellas cuelgan luego sabrosas pomas.

Hay otras heredades, en que si sembramos ciertas plantas para las que son no aptas, éstas, las plantas no aptas para la no apta tierra, o no nacen, o si nacen salen canijas, se crían canijas y canijas mueren pronto, a los zarpazos de cualquier viento agresor.

Descartada aquí, la planta de la rebeldía.

Tampoco este opúsculo es un lamento. El lamento es un derroche inútil de energía, que más daña que aprovecha. Cristo no dijo: “Llorad y seréis atendidos”, sino “pedid y se os concederá”. Para pedir, y sobre todo si es justa la petición, no debe usarse el tono implorante y plañidero del mendigo, sino la serenidad del orante.

Estas disquisiciones, quieren ser un consejo.

Quien aconseja, -si el consejo es justo, lícito y moral-, trata de hacer un bien, quiere que se enderece algo que a su parecer crece torcido, pernicioso, antiestético.

Aunque aquí aparezcan conceptos duros, no queremos ofender a nadie. Son ellos, un toque un poco fuerte de corneta, que quisieran ahuyentar un sueño de modorra, para hacer entrar al durmiente en una vigilia fecunda y provechosa.

Esta especie de toque de atención, es un amoroso silbo a los que pudieran caminar por un sendero equivocado, para que rectifiquen el rumbo.

Mi voz en este menester, es al de un grillo diminuto, pero cierta vez oí decir a un viejo de mi aldea: “Hasta un grillo merece ser escuchado”.

2. LA ESCUELA Y EL MAESTRO EN ESPAÑA

Me parece obvio decir que la Enseñanza Primaria o Primera Enseñanza (el orden de la colocación de los factores no altera el producto) es poner al niño, al hombre en potencia, en contacto con el saber y con el bien obrar (educación).

Ella, la Primera Enseñanza, toma al niño del hogar y como segunda madre, –y a veces como madre primordial-, le abre los caminos, le guía durante la infancia, bien para entregarle con cierto bagaje cultural y educativo en brazos de la sociedad, de la que será miembro activo y operante, tal y como le deja la Escuela, o para ponerle en el siguiente tramo de la cultura que es la Enseñanza Media, que suele tener por cumbre y remate, la alta formación universitaria.

A poco que se medite, al más topo, se le alcanzará, -ello es un verdadero axioma-, que la Primera Enseñanza es el primer peldaño de la escala ascensional, en orden a la Cultura Nacional. Dicho de otro modo, es la semilla base de la futura cosecha; el diminuto grano de mostaza que después adquirirá grandeza para que en la planta que genera, aniden y canten los pajaritos del cielo.

No puede alzarse al aire edificio perdurable, con cimientos deficientes; su inmediata consecuencia será o el pronto derrumbamiento o la zozobra de que esto puede acaecer, cuando menos se espere.

Por eso, es de acuciante, de primerísima necesidad, de perentoria necesidad, pudiéramos decir, que aquellos Estados que aspiren al superdesarrollo, que quieran figurar en la vanguardia de los Adelantados del Progreso, se ocupen muy mucho del problema básico de la Enseñanza Primaria.

Efectivamente, así lo efectúan aquellas naciones que son hitos de la civilización, sea occidental, oriental, septentrional, meridional o central, que al fin y al cabo, estos son apelativos, o mejor, motes que nada dicen, que nada agregan ni desvirtúan al gran nombre de la cultura, que es universal puesto que universal es el hombre sujeto de la misma, sea cual sea su vestimenta exterior e interior, sea cual sea el ambiente social en que se desenvuelve su vida.

Todos sabemos, porque así nos lo han gritado las linotipias, nos lo ha voceado la radiodifusión y nos lo ha hecho penetrar por la vista la televisión, que naciones llevan enhiesta la bandera del progreso, y cuáles son aquellas, -por desgracia una gran parte-, que arrastran este oriflama, o por lo menos no le izan en alto; si acaso, la colocan en lo más bajito del tejado de su casa, que suele destacar muy poco del ras del suelo.

Estos países que hacen caso omiso de la cultura, -si es que no la tienen en completo abandono-, son los que llamamos subdesarrollados, los que van a la zaga de los demás, lo que en la carrera de la vida instructiva y educacional no pueden seguir a los veloces y van recibiendo toda la polvareda cegadora que tras sí deja la rauda cuadriga del Progreso. Son ellos, como una retahíla de asnos que formasen a la cola de una formación de hipogrifos.

Todo el mundo sabe hoy, que naciones están en los puestos sectores; qué otras les van a los alcances y cuáles son aquellas que no pueden avanzar, más que a paso torpe y cansino.

Pues no habría más que echar una mirada a la Enseñanza Primaria de cada una y veríamos que, mientras en las de pleno desarrollo es foco deslumbrante y en las que van a su zaga es viva luz que alumbrá sus caminos, en las otras, en las anémicas de riqueza espiritual y material, o no existe, o si existe es una debilísima candela, cuyo destello no llega más allá de las narices de unas o de las bardas del corral de las otras.

No hay más, (y esto es un sencillo problema de estadística económica), que examinar a la ligera las cifras de sus presupuestos. Los de las dos primeras categorías a que nos venimos refiriendo, nos descubren que las cifras dedicadas a la cultura primaria, que es la cultura de los más, ofrecen un índice de alto porcentaje, mientras los de aquellas otras a que estamos aludiendo en el lugar tercero, es mediocre, cuando no irrisorio o miserable.

Podemos decir esto: el presupuesto para Enseñanza Primaria de los estados amigos del progreso es un pino alto, esbelto de fecunda ramazón y ancha copa en donde anidan las aves del saber de la educación, del bienestar... El de aquellos otros poco amigos, sino enemigos del adelanto popular, -que es el verdadero adelanto-, es débil arbusto de frutos enclenques cuando no raquíuticos; secos matojos en donde se pavonean las perezosas cigarras, o tienden sus redes las arañas traidoras.

En los pueblos primeros, la mayoría de sus ciudadanos, son seres satisfechos de su vivir, optimistas, tolerantes, buenos y comprensivos. Los componentes de los postreros suelen estar formados por ciudadanos de dos opuestos bandos: el de los vivillos, explotadores que todo lo tienen que nada desean, verdaderos cebones en ricas pocilgas, y los que son esclavos del músculo o del cerebro, que se afanan sin contar con medios *ad hoc* y que viven una vida de insatisfacción. Entre estas dos ramas, suelen pulular gamberros analfabetos y brutales llenos de depravados vicios y pordioseros pedigüeños llenos de lacerías purulentas, naturales o picarescas, que ponen en el ambiente una nota de asco y repugnancia.

Se me podrá argüir, que entre algunos Estados que tenemos por ultradesarrollados, se observan fenómenos reprobables como gangsterismo, comercio de drogas, discriminación racial, etc..., y yo digo que es cierto; pero a esto redarguyo que el amplio océano, hermoso y bienhechor, tiene profundas fosas peligrosas y en la verde montaña hay manchones de estériles peñascales. Sabemos que las excepciones no desbaratan la regla, sino que la afianzan y confirman.

Se dice: "Algo tendrá el agua cuando la bendicen". Eso mismo podemos afirmar de la Enseñanza Primaria: algo tendrá cuando se loá su desarrollo, cuando los Gobiernos de altura, ciertos Gobiernos de ciertos Estados, la tienen colocada como suele decirse "en las niñas de sus ojos". ¿Qué quiénes son tales Gobiernos de Estados tales? Aquellos que todos sabemos que están en las más altas cimas del poderío material, intelectual *aínda mais*, y que como sabemos, llevan muchos años de adelanto a un buen número de países.

Rompamos una lanza, o más si es necesario, en defensa de la Enseñanza Primaria a la manera que en las justas y torneos, lo hacían los caballeros del medievo en pro de la dama a quien honraban y servían. Lo haremos bajo el siguiente supuesto:

Imaginémonos, que de repente, la quimérica isla de Jauja se hace realidad. Allí la tenemos en medio del Océano, con árboles de ricas pomos, con manantiales de leche y miel, con ríos de aguas frescas y clarísimas con el tesoro de la riquísima pesca, con caza de sabrosa carne al alcance de las manos, en fin, un paraíso, pero desprovisto de serpiente.

Depositemos allí una turba de niños de ambos sexos, pequeños Robinsones que allí vivirán, teniendo abundancia de todo lo preciso para una vida fisiológica, pero eso sí, allí no se llevará ni un maestro, ni un libro, ni siquiera un resobado silabario.

¿Qué pasará al cabo de los años? Fácil es llegar a la conclusión, de que convertidos niños y niñas en hombres y mujeres, existirá, se desarrollará allí, una sociedad primitiva, en donde reinará todo escándalo, todo desconcierto y toda anarquía.

Luego de este experimento hagamos desaparecer a Jauja de la realidad y tornémosla a la quimera. En su lugar, hagamos surgir otra isla, a lo normal, con sus pros y sus contras: un lugar adaptado para vivir, si interviene el trabajo.

Poblémosla también de niños y adultos, pero llevemos a ella maestros, fundemos escuelas; en su tiempo oportuno levantemos centros culturales superiores. No escatimemos a aquellas ni a éstos, el calor del dinero necesario sino a manos llenas, con relativa abundancia. ¿Qué ocurrirá de allí a un cierto número de años? No nos encontraremos con la horda del primer supuesto sino con una sociedad humanizada, progresiva, al que podremos incorporar al concierto de los pueblos cultos, ricos, libres y civilizados. Vemos pues, que para elevar un país a la categoría de cueto, ha de preceder la Primera Enseñanza como a la plenitud del sol, antecede siempre a la luz crepuscular, la sonrisa del amanecer. La vanguardia de todo bajo medio o alto progreso ha de ir capitaneada por maestros.

¿Puede nadie concebir un sabio, un catedrático, un ingeniero, un médico, etc, sin haber pasado antes por un maestro de Primera Enseñanza?

Sin que hubiese sido cultivado por un maestro, ¿podemos figurarnos un inventor, un gobernante, un sociólogo, ni un Papa?

Los Estados que han tenido la gloria de hacer que el hombre salga de este mundo y comience a desentrañar el misterio del Universo ¿podrían haber llevado a cabo hazañas tan portentosas si con antelación no hubiesen superestimado la Enseñanza Primaria?

Existe este dicho: “Cerrad una Escuela y abriréis una cárcel”. O este otro que idéntico: “Abrid una escuela y cerraréis una cárcel”, que viene a ser lo mismo que expresar: “Encended faroles en la noche y volarán las tinieblas”.

Creo que a grandes rasgos y bien a vuelapluma, queda bosquejada la necesidad absoluta, imprescindible de la Enseñanza Primaria. Si se la descuida o se la ignora, los pueblos arrastrarán un lánguido vivir o siempre estarán en época, parecidas a las primitivas.

3. LA ENSEÑANZA PRIMARIA EN ESPAÑA

Hablemos de la Enseñanza Primaria en España.

¿Es eficiente su desarrollo en nuestra Patria? ¿Está el problema resuelto, o siquiera en franca vía de resolución?

Por desgracia, hay que responder que no.

En honor a la verdad hay que decir, que de un tiempo a esta parte, y desde que la UNESCO inició su gran interés por este problema para el mundo –gran parte de él está necesitado de ello-, se ha iniciado un movimiento tendente por lo menos a su alivio, aunque camina a paso de procesión. Como en el Evangelio, hay que decir: “La mies es mucha y pocos lo operarios”

La población escolar no está lo suficientemente atendida, toda vez que en la propia capital de la nación, según datos oficiales, hay más de cuarenta mil niños que no pueden ser atendidos, por la carencia de escuelas.

Como la educación es un producto de tres factores: la escuela, el niño y el maestro, diremos algo de cada uno de ellos y daremos comienzo por el de la escuela, que es el taller en que tiene principio la forja de las generaciones.

La escuela, por tanto, es el lugar más o menos amplio, más o menos higiénico, más o menos apto, que recibe al sujeto de la educación, que en este caso es el niño.

Por fortuna, aunque con alguna lentitud, va desapareciendo aquella escuela que constituía una verdadera vergüenza nacional: la escuela, zaquizamí infesto y oscuro, que más que lugar de formación del niño, lo era de martirio y que en bastantes casos, ni siquiera digna de ser objeto de animales.

No sabemos si quedará algún vestigio (suponemos y deseamos que no), de aquellos tugurios escolares situados en un profundo y soterrado bodegón, en un desván a tejavana o en casuco de adobes cuyas molduras de los temporales se cubrían con parches de latas herrumbrosas, que al batirlas el viento producían un seco y siniestro ruido. Hoy en día, las que se reforman o se construyen de nuevo, van siendo pasables, sobre todo en cuanto a luz y cubicación. Ciertamente, que el material no suele ser ni abundante, ni refinado, más por lo menos, es más pedagógico y asequible a su función.

Dijimos antes, que hay gran número de infantes que tienen que gamberrear al no existir el suficiente número de ellas, de escuelas. ¿Por qué esa dejadez, esa parsimonia en no resolver de una vez y para siempre tan acuciante problema? ¡Ah!... responderemos que “doctores tiene la iglesia que lo sabrán contestar”.

El caso es, que las consecuencias de ello, sean cuales fueren las causas, recaen sobre el país, y en particular, sobre las clases populares y menesterosas, que de rechazo, pesan en la lentitud del general progreso.

En cuanto al segundo factor, el niño es un agente que se halla a la espera de que se le tome, se le moldee, se le instruya y se le eduque, para poder ser puesto en su día, en el camino de la vida, un camino desde el que se descubran risueñas perspectivas, amplios horizontes para el porvenir.

Porque ¿Qué pasaría en un jardín en que las plantas y flores que brotasen no fuesen objeto del menor cuidado y su crecimiento, formación y

desarrollo se dejase a la anarquía del azar? Fácil es de comprender que sin cultivo, sin abono, sin riego, sin el mimo y dirección de un capacitado jardinero, pronto aquel pequeño predio quedaría convertido en un maremágnum de plantas espinosas, de cardos y jaramagos, del que huiría nuestra vista y solo sería asilo de sabandijas, bicharracos y alimañas. Las flores serían pocas y repulsivas y en vez de servir de solaz y esparcimiento, sería un lugar de desviación, para el gusto menos depurado.

Los niños, son eso: la floración de la Humanidad, la rica semilla del porvenir, pero que necesitan de condiciones favorables de fecundación y germinación, para que en su día, surja el hombre inteligente con un alma sana en sano cuerpo. De lo contrario, tendremos seres depravados que forzarán al Estado a que incremente los gastos policiales y carcelarios. El numerario que se invierta en atenciones escolares, es como todo el mundo sabe, muy rentable, aunque ello sea a largo plazo. Todo Gobierno que anhele cumplir con la misión de elevar el nivel intelectual, moral y social de la ciudadanía de su nación, no debe escatimar un dinero, que mañana regresará centuplicado a las arcas del tesoro.

Ahora voy con el factor tercero, sin el que huelgan y están de más los dos primeros: me refiero ¿Cómo no? al maestro, corazón y alma mater de la formación del niño, y por lo tanto, del engrandecimiento general de una nación; al maestro, a quien comparo con la línea azul del horizonte, de la que surge el sol que se derrama por el haz de la tierra para regalar a ésta, la gloria de un día luminoso.

4. EL MAESTRO ESPAÑOL

Huelga hacer la definición del maestro, del sucesor de aquel esclavo pedagogo, que tenía por misión conducir al niño del gimnasio a la palestra.

Desde los más remotos tiempos de la Historia, todas las organizaciones estatales, más o menos brillantes, más o menos rudimentarias, han tenido maestros para la dirección de sus niños, en unas mejor, y en otras peor vistos y considerados. Quede esto, para la Historia de la Pedagogía Universal.

Nosotros, solo daremos un vistazo rápido, al maestro español desde las postrimerías del siglo XVIII, todo el XIX, hasta hoy, en que va bien doblado y vencido el siglo XX.

Cuando el eximio francés Víctor Hugo –uno de los grandes gigantes del pensamiento y del arte literario- recorrió España, dejó consignado en sus memorias, que en cada aldea española, había visto arder una lucecita: era el maestro.

Sino aquellos tiempos del preclaro poeta galo, sí conocimos los de inmediatamente después. Como él, hemos conocido esas candelitas culturales que parpadeaban, pugnando por romper unas densas brumas.

Todo lugar español, contaba con su “señor maestro” que de esta manera respetuosa se le denominaba y hasta muchos, al cruzarse con él, se tocaban el ala del sombrero en reverente saludo.

Cierto, que los sueldos municipales y luego los estatales, eran visibles; aquellas nóminas miserables que debieron avergonzar más a quien las ordenaba que a quienes las recibían, hacían que el maestro viviese en penuria, pero así y todo, y aun conociendo los aldeanos la estrechez en que se desenvolvía el educador de sus hijos, en nada menguaban la consideración que se le profesaba; hasta en bastantes ocasiones defendían al Maestro de ciertos y poderosos enemigos que entonces tenía, algunos de los cuales, también apuntó en sus memorias el gran novelista de Francia.

La leyenda negra, el epíteto infamante de “pasas más hambre que un maestro de escuela”, que como la copla procaz de “La Dolores”, recorrió el área española, no fue alumbrada por los aldeanos, que veían en su maestro a todo un señor, sino por los muy hambrientos literatuelos de la corte, que tomaron al maestro como personaje bufo de sainete o astracanada, haciendo rodar su noble y resignada figura por los escenarios de los teatruchos de perragorda, para escarnio y diversión de truchimanes sinvergüenzas, o redomados imbéciles papanatas.

No; el viejo maestro español, el que en ciudades anquilosadas, en burgos más o menos podridos y en villas ramplonas o sencillas, expandía luz, no era el histrión que otros histriones presentaban a los públicos. No era ni mucho menos la figura visible que exhibía la farándula hambrienta. El maestro español era un tipo parecido al viejo hidalgo de Castilla, que con su penuria y todo, se presentaba con seriedad, rango y señorío.

Pero, ¡vaya usted a quitar a la fiera su bocado! ¡Trate usted de borrar la figura de aquel dómine adusto, amargado y hambriento, avellanado y seco, como un Don Quijote, cuyo lanzón se hubiese trocado en palmeta!

No, a las plumas de aquellos escritorzuelos no se les podía arrebatar la figura, aquella triste figura del Maestro que ellos habían creado, porque ella, les liberaba de parte de su gazuza, al multiplicarla en farragosos novelones, coplas echando podre y sainetes que buscaban la risa de las masas ignoras. Así quedó esculpida a sangre y fuego, la estampa del maestro, indecente carátula, grotesca caricatura, retrato embustero, tan lejano a la realidad, como lo está la desvergonzada mentira de la verdad cierta y luminosa.

El maestro español, siempre fue esto:

Amante de sus niños, en el sentido netamente humano y pedagógico de la palabra. Eran sus hijos espirituales, en cuyo beneficio quemaba su vida, sacrificaba su sosiego y hasta en aquella dureza disciplinaria equivocada de “la letra con sangre entra”, lo hacía sufriendo en su alma y en su carne el palmeteo y los punterazos, pero lo hacía, porque honradamente creía que aquellas aflicciones al niño eran una garantía para enderezar el carácter, forzar la atención y despertar la inteligencia, en bien de aquel niño, que luego, sería un hombre mejor.

El maestro español (continúo enumerando sus virtudes) era, para los grandes, de amable y exquisito trato; salvo raras excepciones, era prudente, respetuoso y comedido. Solía ser en multitud de ocasiones –sobre todo en las ruralías- el memorialista que escribía cartas y documentos usuales; era consejero y asesor desinteresado de los que a él recurrían y siempre campeaba en él, la alta nota de la caballerosidad, siendo aquello que dijo el

autor de “Los miserables”, una luz que quería poner resplandor en los senderos, cosa que estorbaba al cacique, a esa lepra social que azotó a España, al bárbaro tirano que pisaba cervices de ignorantes. Éste, el cacique, era el enemigo poderoso, poderosísimo del maestro, ante el cual o se adaptaba, o se trasladaba, o sucumbía.

5. EL MAESTRO Y LA SOCIEDAD

Doblado y bien doblado el siglo XX, ya en los primeros resplandores de la era atómica, cuando el hombre hasta pasea por el espacio, quiero decir algo del maestro de estos tiempos, al que secamente se le llama “el maestro”, sin el “señor” de marras; y más todavía: se le dice con su miguita de ironía y despego “el maestro de escuela”, con lo que quieren significar que no es el profesor de la elegante academia o del pomposo colegio de pago, sino el maestro de la humilde escuela, frecuentada en su mayoría por los niños de condición humilde.

Podemos reducir hoy nuestras clases sociales a cuatro jerarquías, a saber:

a) La aristocrática, la de los rancios pergaminos, tengan o no tengan abundancia de dinero, que si hay escasez del “vil metal”, queda ella, la escasez, como borrada por el brillo de la prosapia, por la grandeza de la casta.

b) La alta burguesía, la de los ricos de antaño y hogaño, que aspira por la cuantía de su dinero, a confundirse con la anterior.

c) La clase media, formada por empleados en pequeño, pequeños industriales, comerciantes no de alto rango, etc... que sueñan con subir el peldaño anterior, huyendo, por lo tanto, del contacto con la

d) Compuesta por los trabajadores del músculo, artesanos, labradores de baja cultura (pegujaleros), menestrales, jornaleros y de allí para abajo todo lo que haya.

Los retoños de estas cuatro jerarquías precisan, claro está, ni más ni menos que maestros; maestros, en la verdadera acepción de la palabra.

Más no señor: la clase primera, llama a los suyos preceptores; la segunda, denomina a los suyos, profesores y la tercera y cuarta son las que a los educadores de sus hijos, dan el nombre de maestros.

Ahora bien, hay que decir, que en cuanto la clase media puede, por mejoramiento de fortuna o haciendo grandes esfuerzos económicos, separan a sus hijos de las escuelas del Estado, para que puedan codearse con lo de más elevada posición, porque ello da categoría, “viste mejor”, aunque luego, la procesión vaya por dentro; pero eso no lo ve la sociedad. Para los riquillos o aspirantes a riquillos es una aspiración el poder desviar a sus niños de la Enseñanza Primaria Nacional y respirar fuerte el día, que peor o mejor, pueden conseguirlo. Llega en bastantes casos su desfachatez a lamentarse delante del propio maestro, de que no pueda llevar a sus hijos al “colegio de pago” y cuando lo consiguen, lo suelen pregonar con la alegría de quien ha alcanzado una liberación.

Por tal motivo, la escuela clásica queda reducida en las grandes urbes; queda solo para el bajo proletariado, acentuándose así el pobre concepto que se cierne sobre ella y por ende, sobre el maestro que lo regenta.

Cierto que a la hora de la verdad, se ve en bastantes casos, que el nivel cultural de los educados en los centros de privilegio, no es más alto, sino que en muchos casos queda muy por debajo del de los pobres. Mas, al fin y a la postre, llena mucho el saco de la vanidad, el decir que se paga tanto y cuanto, que allí, en los centros elegantes todos son niños bien, (muchas veces de "casa mal"), pero, llevan su flamante, pimpante y boyante uniforme; de allí sacan bandas y medallas de honor, y eso enhuequece, hincha de satisfacción a los progenitores. No importa que en no contadas veces, el perro mal de tales academias y colegios, pueda estar carente del correspondiente título de capacitación, reclutándose de entre estudiantes pobres o fracasados; pero así y todo, es colegio de pago y los niños no tienen que codearse con la infancia desarraigada.

Queda la escuela clásica, la escuela nacional, relegada a las muy pequeñas entidades de población, en donde a los negociantes de este ramo de la actividad no les trae cuenta montar el lucrativo comercio de la Enseñanza Primaria.

¿Cuál es por tanto la situación del Maestro Nacional, del maestro de las clases populares? Sencillamente, desairada, triste y bochornosa. ¿Por qué?

Por esto:

En esta moderna sociedad, metalizada y adoradora del becerro de oro, el papel del maestro está en baja, porque ahora como nunca, está en auge aquello de "tanto vales cuanto tienes" y aquel donoso dicho de nuestro Quevedo, de "Poderoso caballero es Don Dinero".

Ya puede ser el maestro de gran valía intelectual; ya puede hacer milagros en su escuela; como todos saben que la nómina del educador es raquítica, como no le acompaña "don dinero", el maestro, al creer de ciertas mentalidades, el maestro solo puede ser considerado como un pobre diablo lleno de escaseces, que tiene que andar a la caza de una lección particular o una permanencia de diez duros. Por ello, unas veces provoca la risa, otras la compasión, y las más, el menosprecio.

Verdad, que en ciertas fechas, el ditirambo literario echa al vuelo las campanas de la adulación, en honor del Maestro; cierto, muy cierto que escritores y oradores, suelen entonar cánticos de sirena, arpegios de ruiseñores a su labor; ciertísimo, que en la propia capital de España, a bombo y platillo se le ha erigido un monumento; nada menos que todo un señor monumento, bajo el cielo velazqueño de Madrid.

"¿Qué más quieren?" se preguntarán algunos con hipócrita y cruel satisfacción, mientras el maestro ve con tristeza, con decepción, ¿y por qué no decirlo? con rencor, con un rencor muy natural y justo, que en la derrama de los coeficientes se le desprecia, se le aniquila, se le ignora y medio se viene a decir: "Anda, anda, paria del Estado; sigue tu eterna senda de ludibrio y desengaño".

Todos sabemos, que espíritus selectos, que mentalidades claras, en revistas y periódicos conscientes, han dado fuertes aldabonazos, para que oiga y despierte quien quiera, y pueda oír y despertar, pero todo han sido voces clamando en un desierto; toques de clarín en un campo sin guerra ni guerreros;

fogatas de artificio que apenas nacidas ya son muertas; vivos relámpagos en negra tronada, que al pasar, quedan más oscuro el paraje tempestuoso.

Yo digo:

¿Será que el maestro lleva en su sangre aquel su origen de esclavo en eterna inmanumisión? ¿Acaso obedece a que providencialmente tiene que seguir los pasos de su Divino y Alto Compañero Jesús de Nazaret, el Supremo Maestro, que como producto de su divina docencia cosechó burlas, persecuciones, sangre, lágrimas y espinas?

Pero luego, torno a pensar:

Si ello fuese así, no sería una excepción este destino del Maestro de España y puede que el de algún que otro país de rango similar al nuestro. Puesto que hay naciones en que el Maestro viene a ser de los primeros funcionarios públicos, en que la Escuela en general y la popular en particular está mantenida en candelero por los poderes públicos, este desdén no es universal, ni mucho menos, por lo que el maestro español y los que en España sienten hondo el problema de la Enseñanza Primaria, tienen derecho a “poner el grito en el cielo” ante este desdén social y oficial, que no puede calificarse, por no topar frase apropiada.

Más, la ironía, la cuquería (me parece demasiado dura la palabra desvergüenza) llegó a más:

No mucho después de abofetear por el poder ejecutivo al maestro, con coeficiente (al que algunos llaman deficiente), tan ridículo e injusto, el Ministro y el Director General del ramo, públicamente decían reconocer la injusticia de la postergación y que estaban insatisfechos por el trato dado al maestro. ¡Por Dios, señores, un poquito de formalidad! Pero ¿quién sino ustedes han intervenido en el guisote coeficiential? Ustedes y solamente ustedes, eran allí las voces que podían alzarse en su defensa. ¿Por qué no defendieron a capa y espada una causa a su parecer tan justa? ¿Por qué dieron paso al expolio?

¿O es que a los maestros les consideran chiquillos a quienes se les puede atizar cuatro sopapos, y cuando lloran y se lamentan se les puede consolar con hipócritas carantoñas o falsas promesas?

Otra falta de seriedad social y oficial para con el maestro es, o mejor dicho, fue ésta:

Ante la desbandada que se iniciaba porque ser Maestro en España era peor, no que ser pastor en América, sino en la propia estepa castellana, o porquero entre los encinares de Extremadura, para ver de contener esta deserción de la juventud del Cuerpo, se acordó darle provisionalmente una gratificación, en tanto y mientras se resolvía de una vez este problema.

¡Aquí fue Troya! Los periódicos y periodiquines, las revistas y revistillas (a excepción de las de casa), con titulares de a centímetro de altura, desataron el más desaforado y estrepitoso campaneó. Los maestros subieron al primer plano de la actualidad informativa y desde la urbe populosa hasta la aldea más diminuta y escondida, se supo, se creyó mejor dicho, que de allí en adelante, los Maestros nadarían en la abundancia, serían unos Cresas y no tendrían derecho a quejarse nunca más.

Mientras a otros cuerpos se les hacían mejoras de mucha mayor envergadura, pero “a la chita callando” sin que la prensa badajease, ni la opinión lo lanzase a los cuatro vientos. Con la gratificacioncita conseguida al Magisterio –que nada o poquita cosa resolvió-, se cumplió aquello de la fábula,

en que queriendo dar a luz los montes, luego de horriblos bramidos y espantosas convulsiones, parieron un ratoncillo miserable.

6. EL VALOR DEL MAESTRO

Es muy posible, que si alguien que no fuese maestro o estuviese versado en los problemas del Magisterio leyese con un poco de malicia o prevención estos escarceos, se dijese: “¿Es esto un estudio de la Enseñanza Primaria en España, o una fogosa, interesada y parcial defensa del Maestro Nacional español?”

Yo, tranquilamente contestaría:

Es lo primero y lo segundo; y más, lo primero, porque defender al Maestro poniendo las cartas boca arriba y llamando al pan pan y al vino vino, se defiende la Enseñanza Primaria.

A nadie puede pasarle desapercibido que el Maestro, después del niño, es lo más importante de una Escuela.

Dadme un maestro con un puñado de niños y os entregaré un escuela, tanto más buena cuanto mejor sea el maestro. Éste, él, el maestro donde esté con sus niños, allí habrá una escuela. Habrá una escuela si está en medio de un campo; la habrá si está dentro de una fábrica o una granja y habrá el señorío de una escuela, si ella cumple su misión en una caverna o en una tosca choza.

El maestro, para obrar como tal en casos extremos y excepcionales, no precisa más que una pizarra mural y unas tizas blancas y de colores. Agregado a esto un cuaderno y un lápiz o bolígrafo para cada niño, y tendréis una escuela, que puede ser formidable si lo es el maestro.

Un gran actor español decía que aunque declamase sus comedias sobre un simple tablado con una sábana por fondo, sería aplaudido.

Verdad decía, como podemos asegurar, que en donde esté un Sagrario habitado hay un templo y en donde el sol ponga su luz habrá alegría, ya la derrame sobre florida campiña, o ya la esparza sobre un montón de estiércol.

Porque el maestro es el corazón de la escuela, la cuerda más vibrante y armoniosa del instrumento educacional y por ello, tornamos a repetir, que donde haya un maestro eficiente, habrá siempre una eficiente Escuela.

Miel sobre hojuelas, si el maestro y los alumnos desarrollan su labor en magnífico local, rebosante de aire y luz, muy bien si, además, cuentan con abundante y pedagógico material. Pero que el maestro se ausente y habrá sido borrada la Escuela.

Luego ello nos lleva, como de la mano, a asegurar que todo lo que se haga en pro del maestro, redundará en beneficio de la escuela que aquel regenta.

Para mayor abundamiento de este aserto, vamos a poner un ejemplo:

Supongamos dos maestros a quienes llamaremos A y B.

El maestro A ha tenido la suerte de caer en un pueblo consciente, entusiasta de la enseñanza y además, de posibilidades económicas. Conociendo la escasa remuneración del maestro, influye sobre el Ayuntamiento para que le complete hasta donde el Estado tenía que llegar. Este educador, sino varea la plata, gana al menos para atender con cierta holgura a los menesteres de su casa y familia. Trabaja con placer. La escuela es para él, no

sitio de martirio, sino “lugar cobdiciadero”, como dijo nuestro Gonzalo de Berceo. A este maestro le revienta el optimismo por todos los poros de la piel; merced a su bienestar, trabaja y ríe, anima, juega y canta, sembrando contento, felicidad y afán de superación entre sus niños. Allí, la letra entra entre sonrisas y canciones; se ve la vida, a través de una lente de color rosado. Este maestro sacará en su día, para la sociedad, hombres contentos de sí mismos y cada uno habrá extraído de la Escuela un bagaje que le servirá mucho en su vivir cotidiano. Aquel pueblo, con el tiempo, será una feliz arcadia, un rincón de égloga, una antesala de paraíso.

Ahora, presentemos el segundo caso; el reverso de la medalla anterior.

El maestro B ha recalado en un pueblo que respira indiferencia respecto al quehacer escolar y deja a su maestro que se las componga como buenamente pueda. Este maestro es tan competente y entusiasta por la enseñanza como el anterior; pero el medio que le rodea es hostil y frío. Allí no hay ayuda, ni económica ni emocional. El educador, hombre sin más patrimonio que su título –y esto viene a ser lo corriente-, título que le produce un escaso haber, tiene que bogar como náufrago perdido entre olas furiosas; la barquilla de su hogar zozobra; la esposa y los hijos precisan, pero no se pueden allegar más que el pequeño haber, con el que pasándolo mal, puede tener para unos veinte días del mes.

Fácilmente podemos figurarnos cuál será el estado de ánimo de este maestro en su escuela; allí habrá un cuerpo, pero no un alma; es decir, allí no habrá maestro en el verdadero sentido de la palabra.

¿Cómo se va a ocupar con gusto y a plenitud de hijos de otros, cuando los suyos, los pedazos de su corazón viven una vida de amargura?

El natural mal humor de este maestro apabullado se reflejará en sus discípulos; aquella será una escuela sin risa y con dolor, el acíbar que rezumará al alma del maestro, como por ósmosis espiritual se irá infiltrando en el alma de los niños y brillará la alegría por su ausencia.

Así como el primer educador recoge flores y frutos culturales, haces de flores y cuévanos abarrotados de frutos apañados en campiña pródiga y fecunda, en la segunda Escuela, las flores serán punzantes cardos, frutos enclenques y amargos, como corresponde a un paraje de desolación y tristeza.

Este segundo pueblo que no espere su regeneración por la cultura y todo por unas miserables pesetas negadas para este menester, cuando quizá, para otro u otros de menor monta, se derramen con insensata prodigalidad.

El dinero invertido en la Escuela y por la Escuela, no es una letra que se gira a fondo perdido, sino con la seguridad de lograr en su día un respetable rédito.

Continuando con los alegatos en defensa del Magisterio, la Cenicienta de las clases estatales, de las clases que como ella son, o deben ser de alto rango, diré que de poco sirve abarrotar la Escuela por cuenta del Ministerio con cantidades masivas de libros; que de poco, de poquísimo valor escolar será, que se donen aparatos científicos, lotes de material moderno, ultra pedagógico, si no se tiene satisfecho al maestro. Todo ello será quemar dinero en balde; hacer caer una lluvia en terreno pedregoso; arrojar margaritas a puercos. Con un maestro suficientemente retribuido, ya hay material, ya hay fuego animador, ya hay escuela, ya hay educación y ya hay cultura.

¿Cuál será la causa de esta crisis en que está el Magisterio español, crisis que como no puede ser por menos revierte en la Primera Enseñanza?

Pueden ser varias. A mi juicio, la principal de ellas consiste en que las clases rectoras y acomodadas de la nación, tienen resuelto su problema particular o al menos, creen tenerlo con la enseñanza no estatal, con esa especie de establecimientos comerciales, que aparte de su crecido y propio patrimonio y sus grandes ingresos, cuentan en bastantes casos con la valiosa ayuda del Estado. Por algunas mentes ha cruzado la sospecha, de que la poca simpatía a la escuela popular y al maestro, es un deliberado propósito de barrer la Escuela Nacional del área española, con maquiavélicos designios. Nos resistimos a creerlo.

7. SUS ASPIRACIONES

A nadie creo que se le ocurra medir la cultura de un país, por la que alcancen las minorías más selectas, ya en dinero o ya en talento. La madre Patria tiene otros hijos, muchos más en número que los anteriores a los que por razón de ser más menesterosos está obligada a manumitir del servilismo de la ignorancia, si no quiere que sean un lastre que entorpezca la marcha general.

Es verdad, y esto hay que reconocerlo, que de cierto tiempo a esta parte se prodigan becas para las inteligencias de valía, pertenecientes a individualidades no adineradas. Así y todo, queda una grandísima masa que nunca contará con otro medio que el de los centros escolares primarios, llámense Colegios Nacionales, Grupos Escolares o simplemente lleven el viejo clásico nombre de escuelas.

Cultívese con cariño la Escuela; hágase justicia al maestro, al funcionario que a pesar de estar incomprendido y abandonado, ha tenido el gallardo gesto de hacer cara al temporal como marinero bravo y esforzado para cumplir no solo con su deber, sino hasta para llenar los pueblos de España de Bachilleres. En su alta misión de apostolado no ha vacilado en educar e instruir hasta a los hijos de aquellos que le han mirado de soslayo; él ha derramado por el agro nacional, virtudes de trabajo, fervor y patriotismo, hasta cuando ha visto flotando sobre sí y los suyos, el desdén siempre o casi siempre, la indigencia en muchos casos y la negra ingratitud con harta frecuencia. El maestro español ha sido sembrador de bonanzas y cosechador de tempestades; ha sembrado lirios y le han brotado espinas; y lo que es peor: a la hora de la verdad y después de halagüeñas promesas, cuando se ha hecho llover el maná presupuestario, el maestro a la puerta de su tienda, solo ha visto unos copitos miserables.

Gárrula y engañosa trompetería, le anunció la redención esperada desde hace dos centurias. Aquello le animó, le hizo sonreír de esperanza, porque el maestro, a fuerza de convivir con niños, es un niño grande y crédulo.

¡Qué anhelos florecieron en él! ¡Qué deseos de ver convertidas las ofertas en realidades!

Pero... ¡qué amargo desencanto, cuando se encontró mascando el desengaño!

¡Qué dios demande, a quien, o quienes sean la causa de tamaño desafuero, de injusticia tan notoria, por la amargura depositada en almas sencillas, en corazones humildes, que cuando abrían la boca para gustar la miel, cayó en ella y de ella al corazón, un torrente de acíbar!

También otros, hace veinte siglos, cuando aquel Maestro de maestros desde la Cruz, en el Gólgota, imploraba agua, agua que amortiguase el fuego de su infinita sed, al abrir la divina boca, la boca de las eternas enseñanzas, de las dulces verdades, de las parábolas de amor, vertieron en ella la hiel amarga que amargaría más su atribulado espíritu.

Solo deseamos que la comprensión abra los ojos y abra el corazón de quien pueda, deba y quiera enmendar este entuerto, enmienda que redundaría en favor de la Ética, la Justicia y el Progreso de España.

8. JUSTIFICACIÓN

No sé si en noble liza he roto unas lanzas en pro del Magisterio de España, o como Don Quijote, he embestido aspas de molinos “en mitad de su furia”.

Mi intención no ha sido dar palos de ciego, sino combatir por una causa a todas luces justa.

Hame determinado a ello, mi conocimiento de hace muchos años, acerca de cómo se ha desarrollado y se desarrolla la vida oficial y particular del maestro de Enseñanza Primaria.

He de confesar paladinamente, que pertenezco o mejor dicho, pertenezco a tal gremio (¡y a mucha honra!); y digo pertenezco, porque después de cuarenta y tantos años de vida profesional, he sido en jubilación trasladado por la ley, a ese desván de pasivos, a la manera de cuarto trastero, en que suelen aventarse con no muchos miramientos, aquellos útiles ya viejos, que en un tiempo, dieron un mejor o peor servicio a la casa.

“Claro” –habría quien exclamase después de leer este folleto- “¿Qué va a hacer el hombre, sino elogiar y defender lo suyo?”

Una vez escuché de labios de un rural y viejo campesino: “Arreniego yo del tendero que no alabe su tienda”. Esto es muy natural y muy cierto. Las familias se defienden; se defienden los pueblos y los estamentos y de este afán de loa, defensa y servicios de las patrias, ha nacido la palabra “patriotismo”.

Toda defensa es loable, si se hace en pro de una causa noble. Justa y noble creo que es la causa defendida por mí, y de ello no me arrepiento.

Puede que haya quien aprecie exageradamente en algunos de los conceptos por mí vertidos; puede que en vez de exageración sea ímpetu, desbordamiento del alma, calor entusiasta; lo considero disculpable, pues siempre merece disculpa, quien salga, aunque sea en tonos vivos, poco mesurados, en defensa de los suyos. Como he vivido tal vida durante muchos años, la conozco bien, la amo y por eso, procedo con alguna pasión.

Cuando yo apenas hollaba la senda de la Pedagogía, conocí a viejos sufridos y beneméritos maestros, que, ante mí, desplegaron su alma como se abre un abanico; ellos me hicieron ver lo bueno y lo malo –más malo que bueno-, de sus andanzas profesionales.

Luego, a lo largo de los años, yo mismo he palpado el quehacer escolar, y sus aledaños. Como el explorador, he atravesado ricas campiñas y setos floridos; pero también he tenido más veces todavía, que hacer escaladas, en cuya trepa han sangrado mis pies, por las aristas de los cantos, y mis manos, al tener que asirse a punzantes espinos.

Cuando ya me rondaba el ocaso profesional, maestros jóvenes, capullos apenas abiertos en el rosal de la Pedagogía, me han hecho depositario de sus anhelos, de sus amarguras, de sus decepciones.

Desgraciadamente, he presenciado una gran parte del doloroso éxodo del Magisterio; he visto y probado, cuan hirientes son los obstáculos que al maestro le salen al paso.

Pocas veces el educador en su postración ha visto que se le tienda una mano amiga y que, como Jesús a Lázaro, se le diga: “Levántate y anda”.

En tiempos pasados, fue víctima del cacique; le zarandeaba y molestaba a su placer. Aparte del cacique, tuvo otros enemigos –aunque no tan contumaces-, que también le amargaban algún tanto.

En las autoridades municipales, rara vez hallaba comprensión; en sus inmediatos superiores, no solía encontrar un eficiente amparo, aunque justo es decir, que algunos se desvivieron por atender y defender al maestro, no tomando su oficio, como hoscos fiscalizadores, sino como compañeros, como hermanos mayores del maestro, a quien guiaban, animaban y comprendían.

En los padres de familia, sí he visto casi siempre atenciones, sobre todo el maestro ejemplar; pero ellos, podían solo constituir una satisfacción interior para él, más no una defensa efectiva y de resultados positivos.

El panorama que hoy presenta la incompreensión del maestro; el abandono en que se le tiene; el desdén con que se le considera ante su inferioridad económica, son factores que me ha acuciado a rendir homenaje a una clase heroica que gana batallas sin derramamientos de sangre.

Advierto, que este bien modesto trabajo ha sido ejecutado solo para mi satisfacción personal, ya que ni vale, ni puede, ni quiere salir a la calle, como reumático en día lluvioso.

Así que, yo únicamente me conformo con saborear este dicho popular: “Debajo de mi manto, al rey mato” y.... ¡nada más... nada más!

9. ALGO MÁS

“El hombre propone, pero Dios dispone”. Finado y firmado lo anterior, al “nada más” que echaba la llave, he tenido que adquirir otra nueva marca “algo más”, porque los detritus han sido removidos, no para su aireación y salubridad, sino para que el hedor encerrado ocupe el ambiente.

Es necesario, pues, apostillar lo nuevamente ocurrido.

La prensa española –Dios la bendiga- y la totalidad de señores procuradores de las Cortes, en un afán de superación y ante la injusticia del agravio comparativo coeficiente del Magisterio, con el aplauso de todo el país, pusieron este asunto al rojo vivo, acordando nuestro Poder Legislativo y lo escribo sin ironía... que el coeficiente tan traído y llevado, campaneado y agitado, había de ser del tres coma seis (3,6), más un complemento anual de 36.000 pesetas, por barba y año.

El asendereado cuerpo, que ya se creía para in eternum bien sepultado, al ver que por unanimidad las Cortes, apadrinaron sus justas aspiraciones, creyeron que, por fin, había llegado la hora del “levántate y anda”. Pero una vez más, la burla –y esta vez más decepcionante y más sangrienta- hundió de un papirotazo a derribar el castillo de naipes.

El Gobierno del país, legisló contra lo legislado por los Procuradores, que se fijaba el coeficiente, no en el 3,6, sino en el 2,9, y que la gratificación, se fijaría, nadie sabe en qué, pero se espera que sea en una cosa exigua y ridícula.

Esto, ha acabado de aplastar definitivamente (¿ tiro de gracia?) a más de cien mil funcionarios, que pueden con razón decir:

“Ya ni en la paz de los sepulcros, creo”

El problema ha quedado peor, porque ahora se va columbrando claramente, que hay una polilla destructora.

Hoy por hoy y sabe Dios hasta cuando, el Magisterio Nacional de España, camina a su total ruina y extinción.

¿Volverá a surgir alguna vez como el “Ave Fenix” de entre sus cenizas?

Difícil es dar respuesta a este interrogante.

Lo que sí puede asegurarse, que la víctima de esta política educacional, a lo largo, más que a los propios maestros, perjudicará –y no poco- a un gran sector del país: al sector de las bajas capas populares de España y que este lastre, quiéranlo o no, dañará a toda la nación.

Desde ahora se puede sospechar con fundamento, que la decadencia de los muchos millares de los “Don Alquiborontifosios” (Pérez Galdós), arrastrarán en su caída a todo el país.

¿Es la causa el número y el precario estado económico? ¿Lo es una premeditada predisposición ideológica? ¿Consiste en imponderables que por motivos financieros, de gigantesco espíritu comercial quieren la acaparación del numerario estatal y no estatal para sus empresas? ¿Es que no conviene que despierten las potencias de tipo popular para que sociológicamente las aguas no se desvíen por nuevos cauces?

Interrogantes son estos, que no podemos contestar. No podemos más que lamentarlo, por los Maestros, por los niños de la gran masa, y como consecuencia de ello, por España. ¡Qué Dios quiera compadecerse de ella, y tenderla una mano poderosa y redentora!

10. LA LEY QUE VIENE

Han pasado años desde que se puso mano en este trabajo, que ahora como nunca puede llamarse pasatiempo.

Varias veces se le ha querido dar fin, pero al ir a sepultarlo por creerlo bien muerto y en franco finiquito, al querer expresar aquello de

“Mortus ets qui non rabea”,

entonar, por tanto, el doble de los broncos a la inhumación en el nicho del legajo y depositarlo en el cementerio del archivo, le sentíamos palpitar débilmente primero, luego con más fuertes sacudidas; creíamos percibir un hálito de respiro, luego un soplo fuerte, después una ventolera y hubimos de tener que suspender el sepelio, exclamando:

“¡Vivus ets qui patalea!”

Y esta vez, no han sido solo barruntos de resurrección, formas de “ser y existir”. No, ha sido y es nada menos que todo un estrépito, una convulsión grandiosa, un terremoto gigantesco, una demolición de la cúspide a los cimientos de todos los principios, órganos aparatosos, sistemas, artilugios, hasta no quedar títere con cabeza. Ni títere, ni titiriteros, ni tablados de Maese

Pedro en posadas de mala muerte y peor vida, ni farándula en los aldeorros, ni carpas en las villas y ciudades, ni circos de troníos en las grandes metrópolis.

Del blanco resplandor del “Libro Blanco” sobre la Educación y la Ciencia, como del frote de la Lámpara de Aladino brotó el Genio poderoso, que está llevando a cabo el AVATAR fantástico, que si bien ahora todo es duda, confusión, mareo, indecisión, etc..., cuando todo está organizado, ensamblado, construido ha de marchar todo miel sobre hojuelas y lo que ahora a alguien se le antoja crucigrama indescifrable, laberinto de Creta, callejón sin salida, luego al freír será el reír, y una nueva aurora resplandecerá por lo que antaño y reantaño, imperio de tinieblas y palos de ciego.

Por si nos es posible explicar algo, desentrañar algo, vulgarizar algo para su loa, veamos estos puntos que nos proponemos tocar, como otras tantas flautas puestas por casualidad a nuestro paso:

1. La educación y la instrucción de cada españolito hasta quedar convertido en un españolazo de utilidad, tanto la estatal como la privada, ha de ser total, totalísimamente obligatoria y gratuita.

Ningún hogar sea pobre, riqueza, rico o riquísimo, habrá de distraer un solo céntimo, en la formación educacional y cultural de su prole, hasta donde lo permita su capacidad.

2. Ya no habrá “Pirineos” discriminatorios y lo mismo puede escalar las sublimes alturas, el hijo del magnate que el del pobrete; que solo ha de atenderse a los altos valores intelectuales y morales con que Dios y la Naturaleza, hayan lanzado al mundo a toda criatura humana.

3. Es digna de asombro la gestación que se está llevando a cabo con formas, métodos y procedimientos de la Educación en sí y de sus facetas de enseñar e instruir, hasta el punto de que causa asombro, pasmo y maravilla, cómo se derrumban muros levantados por los que habíamos creído eminentes pedagogos y que ahora nos presentan como unos pigmeillos de tres al cuarto.

4. En cuanto al material pedagógico, se augura y asegura que en oposición a la paupérrima escasez del actual, ha de ser abundante, moderno y sobre todo gratuito. Y ello se comprende porque si ha de ser gratuita la enseñanza, no habría tales, si el material fuese una carga crematística, tanto para las familias pobres, como para las acomodadas. Ocurriría con ello, lo que ocurre a quien teniendo médicos en gratuidad, tuviese que pagar de su cuenta los fármacos. Algo y aun mucho de ello, pueden, podemos decir los que estamos a medio amparo sanitario, a la penumbra (que no a la sombra) de la Mutualidad de Enseñanza Primaria.

5. En las tareas escolares, ha de haber –ya se ensaya- una gran libertad (por algo se empieza) para que los alumnos, en asociación de equipos, marchen, investiguen, piensen, discutan, resuman y ordenen temas, casos, problemas, cometidos, etc, pudiendo, si así lo consideran conveniente, consultar aclaraciones al Maestro, reclamando material bibliográfico o permitirle que les eche, con mucha discreción y disimulo, una manita.

6. Aparte de estos equipos, la enseñanza ha de ser individualizada; esa ha de ser la tendente preocupación del maestro, sea cuales quiera el número de alumnos que le estén encomendados. Se acabó ya el viejo dicho de “lo dijo el maestro, verdad es”. El maestro con arreglo a las muchas tendencias, más que una jerarquía, ha de ser a manera de un asesor, un consejero, que si se le permite puede unirse al equipo, como una abeja más para la fabricación y melificación del panal de la sabiduría.

7. Más innovaciones hay, pero las dichas y las calladas son “tortas y pan pintado”, si las comparamos con la reina de todas las demás. Hela aquí:

Se está a la espera de que el B. O. del Estado de un plumazo o de un papirotazo de decreto incubado ya en una ley (la de Educación General Básica) haga desaparecer la figura tan clásica y arropada en España del Maestro de Primera Enseñanza o Maestro de Escuela, figura que se esfuma, que se deshace, que se desvirtúa y aniquila, para dar paso a la del Profesor de Enseñanza General Básica.
